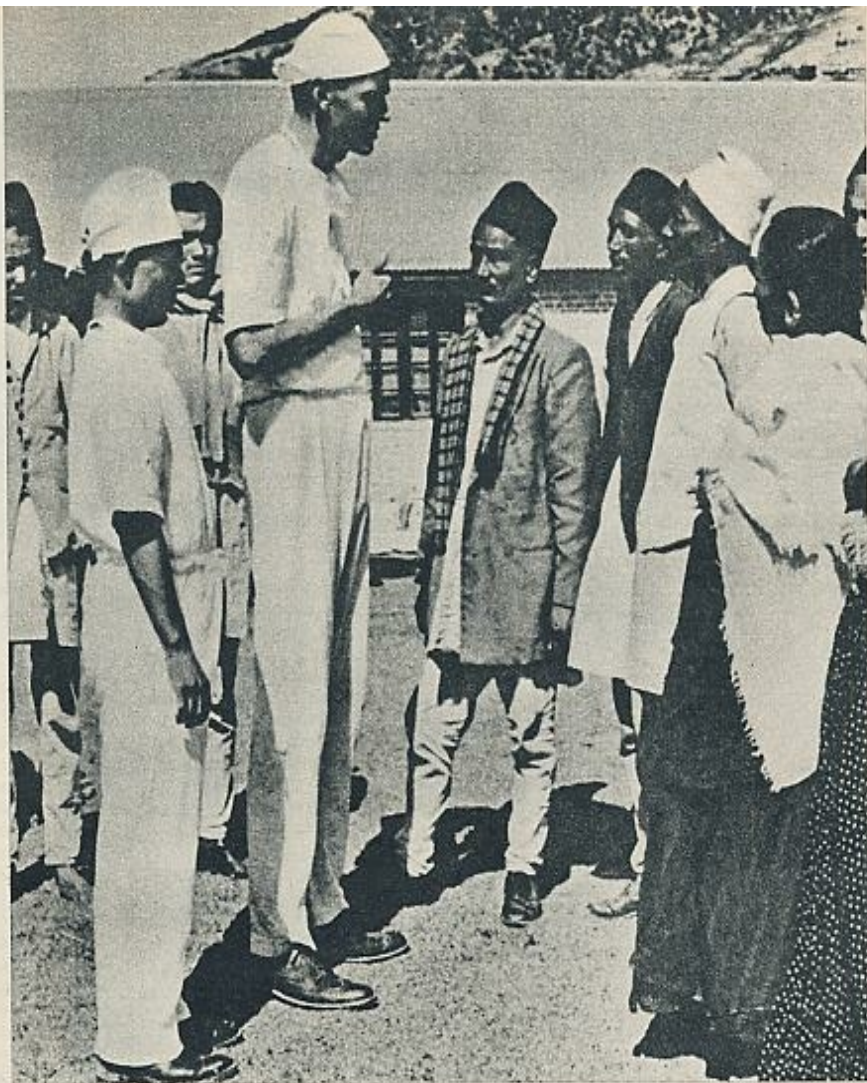


El doctor Sturges, muy famoso en Estados Unidos, conversa con un grupo de nepaleses en el patio del hospital Banepa, proyectado y construido por el propio doctor.



Por ENRIQUE  
MIRET  
MAGDALENA

# PROFETAS DE LA SALUD

Sí; los adventistas son profetas, al mismo tiempo, de la salud del cuerpo y de la salud del espíritu humano, porque no separan el uno del otro ni en esta vida ni en la otra. Y esa es una de sus características religiosas más acentuadas.

## Una moral para todos los tiempos

Los adventistas creen —como los judíos— que el día de descanso que deben al Creador es el sábado y no el domingo. Para ellos, los preceptos morales de la Antigua Ley siguen todavía en vigor, y se esfuerzan por convencernos de que esa es la enseñanza de toda la Biblia.

La fundadora —Elena G. White— recordaba que «Dios es eternamente el mismo», y que en los Salmos dijo bien claro: «No cambiaré lo que sale de mis labios» (89, 34). Por eso piensan que las palabras de Yahvé —el Dios de los hebreos—, cuando dice: «Recuerda el día del sábado para santificarlo», son permanentes y obligan en todos los tiempos, ya que su Dios nunca varía.

Sin embargo, los católicos pien-

san que el libro de los **Hechos de los Apóstoles**, en su capítulo XV, «muestra que no tenían intención de imponer esta obligación del sábado judaico a los gentiles convertidos» (Padre Rumble, M. S. C., **The Adventists**). Lo mismo dicen los textos —como en la carta a los Romanos— en que San Pablo insiste en que los cristianos no están bajo la ley judaica, sino bajo la gracia. Y recuerdan los católicos que este apóstol les decía a los gentiles de la ciudad de Colosas: «Que nadie os critique por cuestiones de comida o bebida o a propósito de fiestas, novilunios o sábados» (II, 16). Pero los adventistas creen que esto se refiere a ciertas fiestas rituales que celebraban los sábados los hebreos y que ahora están abolidas, y no al **Sábado** que se reservaba Yahvé, y alegan en favor de esta interpretación la distinción que hace el libro del Levítico (cap. XXIII) entre esta fiesta del Sábado y las otras de los sábados.

Los adventistas afirman, además, que el domingo no fue para los cristianos día de descanso hasta que el emperador Constantino, «el año 321, estableció que el día del sol —primer día de la semana— fuera fiesta

auxiliar, y durante generaciones las dos fiestas existieron; el séptimo día —el sábado—... se observaba como día de santa solemnidad, mientras que el domingo era un día festivo. Pero gradualmente... el primer día llegó a suplantarse al séptimo» (Bootton Herndon, **El Séptimo Día**, Ediciones Peuser, Buenos Aires).

A algunos —cuando se está discutiendo la posible reforma decimal del calendario— nos parece que toda esta polémica, en pro y en contra, es demasiado bizantina, porque recordamos que el mismo Jesús dijo que «el sábado está hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado». Pero los adventistas insisten una y otra vez en la importancia de este precepto, que consideran básico y permanente.

La verdad es que ellos piensan que todos los diez mandamientos que Yahvé le impuso a Moisés y a todo el pueblo judío todavía están en vigor en forma literal. Y razonan —eligiendo entre otros argumentos— el siguiente: «El Decálogo fue escrito por el dedo de Dios, y estaba guardado en el Arca Santa del pueblo judío para expresar su carácter sagrado e intangible. En cam-

bio, los demás preceptos de Moisés, que eran rituales o jurídicos, estaban al lado del Arca, ya que no eran considerados como sagrados, y por tanto no eran permanentes para todos los tiempos». Ciertamente es verdad que aunque muchas de las ideas del Decálogo son expresiones morales populares propias de un pueblo primitivo que era preciso educar moralmente, también contienen una sabiduría para todos los siglos. Las frases contra la idolatría y la religiosidad vana; la defensa del sentido de la familia; el respeto a la mujer, y la honradez acrisolada en el trato con los demás, evitando la violencia, son preceptos de todos los tiempos para una convivencia sana y digna. Lo que no está tan claro es la manera de interpretar estos elementos básicos y su diferente exigencia, según el desarrollo cultural, y, por tanto, que tengan que ser siempre literalmente los mismos. La prueba está en que, desde San Agustín para acá, todos estos preceptos morales se interpretan —como ha demostrado el profesor de la Universidad de Berna, J. J. Stamm— en sentido cultural muy distinto del que tuvieron en la época de Moisés: el mismo cristianismo influyó clara-

## PROFETAS DE LA SALUD



mente en su posterior interpretación más interiorizada y menos exterior. El excesivo literalismo pleno que puede ser un engaño, ya que prestamos a las palabras de hace treinta y tres siglos el sentido que tienen hoy, y así el «no adulterarás» se convierte en muchos, por arte de magia, en el «no fornicarás» de la época poscristiana, dándole un sentido mucho más general de lo que en un principio tenía. La fornicación era un desorden en los antiguos hebreos, pero nunca un pecado. El escritor católico Padre Joseph Bonsirven, S. J., dice bien claramente: «La unión con una prostituta no era considerada como falta (Gén., 38, 15-26); sin embargo, es tenida como un desorden (Os., 4, 11, 12, 14, 18; Libros Sapientiales)» (Vocabulario Bíblico, ed. Paulinas).

### Hacia una nueva tierra

La fe para los adventistas es básica ciertamente, pero esta fe no puede ser sincera si no se manifiesta en obras de amor para los demás y de trabajo, para procurar el bienestar de todos los hombres. Ni el culto religioso ni las prácticas devotas salvan a nadie. Y todos los que se acercan al adventismo, «antes de ingresar en esta iglesia, saben que no es una religión fácil; que el sólo creer no trae salvación y felicidad, sino que deben trabajar» (B. Herndon, o. c.).

Mantienen, como cualquier católico, que existe un Padre Eterno, que su Hijo fue Jesucristo, y que la gran obra que éste inició la continúa ese impulso que vive en el corazón de todos los hombres buenos que se llama «el Espíritu Santo», y que es la tercera persona de la Divinidad» (Manifiesto Adventista, 1965).

Como los católicos creen que Jesús «tomó sobre sí la naturaleza humana» y «nació de una virgen y vivió como hombre entre los hombres». Pero se distinguen de nuestra creencia católica en que «el bautismo se realiza por inmersión, y es un rito en el cual deben participar únicamente las personas con suficiente madurez para entender todo su significado». Es cosa de adultos y no de niños, como empiezan a pensar numerosos católicos en el mundo actual cuando ven la rutina, y a veces hipocresía, con que se practican los ritos religiosos, sin tener clara conciencia de su sentido ni clara convicción de su aceptación.

Pero lo que más nos distingue aparentemente de ellos es esa pretensión de que «Cristo regresará a esta tierra y su venida será literal y física, visible para toda la humanidad». No piensan como los Testigos de Jehová que esta venida será espiritual, aunque real, o como algunos creyentes que piensan que todas estas descripciones son puramente simbólicas. Ellos afirman, sin ningún género de duda, que «el segundo advenimiento de Cristo a la tierra, como Rey de reyes y Señor

de señores, para terminar con el mal y el pecado, es una de las más destacadas promesas de la Biblia». Y este gran acontecimiento lo aceptan como resultado del «cumplimiento de toda una serie de impresionantes profecías bíblicas que indican que es inminente».

Para ellos el cosmos —el mundo una vez adquirida forma y orden— no ha tenido esos largos miles y aún millones de años que le presta la geología y la paleontología actuales, sino que «las teorías de la evolución y de la uniformidad geológica son falsas y científicamente inexactas» (B. Herndon, o. c.).

El esquema que sustentan del final de nuestro mundo y del advenimiento de los «cielos nuevos y tierra nueva» (segunda carta de San Pedro, 13,10), o del «cielo nuevo y tierra nueva» del Apocalipsis (21,1), se podría resumir en estos tres esquemas que da el director del programa adventista de la televisión americana, J. E. Vandeman:

1. «Al comienzo de los mil años ocurre la segunda venida de Cristo. Los malos son destruidos por el fulgor de su venida. Los justos muertos resucitan, y los justos vivos son arrebatados al cielo». Porque interpretan literalmente que al final de nuestra sociedad contemporánea vendrá el milenio predicho en el Apocalipsis.

2. «Durante los mil años que median entre ambas resurrecciones —la primera de los buenos y la segunda de los malos— todos los justos están en el cielo, todos los impíos están muertos, y Satanás está confinado a este mundo vacío». La tierra, en ese período, no será un lugar de felicidad, como opinan los Testigos de Jehová por ejemplo.

3. «Al final de los mil años ocurre la segunda resurrección, la resurrección de los malos. Los perdidos son finalmente destruidos, y la tierra es purificada por el fuego, y es hecha nueva». Y en esta tierra renovada —y no en el cielo—, vivirán los justos resucitados para siempre.

Este interregno entre el fin del mundo actual y el comienzo de un mundo nuevo es el famoso milenio tan traído y llevado por los más profundos pensadores cristianos, milenio vacío y estéril para la tierra, que luego ha de ser renovada, y servirá de felicidad ya permanente para todos los justos. «Los mansos heredarán —dicen los adventistas— la tierra. Si; no pasaremos la eternidad en alguna nube sobre el borde del universo, o aún en el cielo por tangible que éste sea. Dios dio a su hijo a fin de que este mundo fuera para siempre la patria de los salvados...; esta tierra había sido designada para que fuera nuestro hogar... Porque en realidad los mansos no poseen gran parte de ella ahora; una gran porción de la misma se halla en manos de las compañías financieras; pero Dios la prometió a los mansos» (H. E. Vandeman. El destino del hombre: vivir).

Los «mansos» serán entonces —pienso yo— los que, como dice muy bien el sermón de la montaña, «tienen hambre y sed de justicia», y que además son, al implantarla con su fe y con su trabajo, los «verdaderos hacedores de paz». Serán los obradores aquí ya de un mundo nuevo.

Tienen a gala, estos cristianos, «ser ciudadanos leales de los gobiernos... dando a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios» (Manifiesto, o. c.). «Pero creen también que su deber para Dios viene primero y que Dios mismo, en los mandamientos cuarto y sexto, ordena específicamente a todos los hombres observar el sábado y no matar» (B. Herndon, o. c.). Y así en el ejército saludan a la bandera, cantan el himno nacional y repiten su juramento de lealtad, siempre y cuando no se les haga matar —por eso piden servicios auxiliares o sanitarios—, y, además, que se les deje cumplir el descanso del sábado.

### ¿Contra la inmortalidad?

No creen en el alma como algo que pueda vagar por las nubes y esté separada del cuerpo. Y allí donde —como en Brasil— están desarrolladas las creencias espiritistas hacen una verdadera campaña para quitar esta superstición popular. Se burlan de Hitler y Mussolini, que en sus momentos de desesperación consultaron a los espíritus con la ayuda de algún médium famoso, y les resulta incomprensible que «dos de los presidentes de los Estados Unidos, en días de crisis, buscaran consejos ocultistas».

Incluso son más drásticos que lo hemos sido muchas veces los católicos y protestantes, y así niegan la inmortalidad del alma separada del cuerpo. Ellos creen, como dice el pesimista Eclesiastés, que «los muertos nada saben». Y hacen hincapié en que la verdadera esperanza del cristiano está en la resurrección de los hombres y no en ese espiritualismo desencarnado que inventó el griego Platón, y que los cristianos admitieron muchas veces desinteresándose de los problemas de esta tierra. Por esta causa hemos vivido un falso espiritualismo, evadiéndonos de los problemas terrenos y fomentando el anhelo de perder este cuerpo y de vivir en medio de las nubes de un firmamento espiritual.

Actualmente todos vamos viendo la inutilidad de discutir este problema de si habrá un tiempo, entre la muerte y la resurrección, en que viva el alma separada del cuerpo, porque poco o nada tiene que ver con el cristianismo. Esto sólo fue producto de disquisiciones filosóficas del mundo greco-romano o de la religión de los egipcios, que poblaban el mundo y el cielo de espíritus sutiles e hicieron ahorrar a los hombres una vida desencarna-

da. Hoy, en cambio, que el mundo se ha hecho más habitable, o por lo menos comprendemos que tenemos en nuestra mano las posibilidades técnicas para conseguirlo, se pierde ese anhelo alienador y falso de perder el contacto con la tierra, y surge, en creyentes y no-creyentes, el deseo bíblico de una tierra renovada por la acción del pueblo, que sea comienzo de la promesa de alcanzar un punto, más allá de la historia, que reúna en sí todos los esfuerzos humanos definitivamente perfeccionados. Y así permitía lo que Orígenes llamó la **apocatastasis** final de los nuevos cielos y la nueva tierra, en cuya gestación no estará sólo una mágica providencia divina, sino principalmente la acción del hombre: la providencia humana.

Allí es donde por fin «nunca más se oírán voz de lloro ni voz de clamar... Edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite ni plantarán para que otro coma... y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos» (Isaías, capítulo LXV).

### Por una buena salud

Los adventistas, con su preocupación por la salud física y mental y por el legítimo bienestar humano, concretaron esta su religiosidad también en conseguir la felicidad en la tierra según la popular frase de Elena G. White: «Hay más religión en un pan bien hecho de lo que muchos se figuran».

Además, adelantándose a los pioneros de la medicina psicósomática, repetía muchas veces: «Pocos comprenden el poder de la mente sobre el cuerpo; muchas de las enfermedades que afligen a la humanidad tienen su origen en la mente, y pueden ser curadas únicamente restableciendo la salud mental». Para los adventistas «el cuidado de la salud forma parte integrante de la religión» (El Centinela, enero 1970).

Con sus estadísticas aterradoras llegan a impresionarnos sobre la plaga que supone el alcohol, el tabaco o el colesterol. Nos recuerdan que en Francia «hay un despacho de bebidas por cada ochenta

Los adventistas abarrotan el enorme recinto de la Convention Hall, con ocasión de uno de sus servicios religiosos.



y siete personas», y que el doctor Ernesto L. Wynder estudiando, en el Instituto Sloan-Kettering, el efecto del tabaco sobre el cáncer de pulmón encontró comparando grupos de adventistas con grupos de personas que no seguían el adventismo, que la proporción de enfermos era mucho mayor en estos últimos, por la simple razón de que todos ellos fumaban y aquéllos no, de tal manera que existía un noventa por ciento menos de cancerosos entre este grupo religioso que fuera de él.

Lo malo es que a veces esta lucha por la temperancia recurra a una mezcla confusa de soluciones inválidas y de soluciones adecuadas. Resulta un poco ingenuo que el pastor Scharffemberg propugne, entre otras cosas, para resolver el problema del alcoholismo, «que se establezcan en las bocacalles de todo el mundo máquinas automáticas para proveer de jugo de naranja». En cambio acierta al pensar que el problema del alcoholismo no se resuelve con procedimientos parecidos a los de la famosa Ley Seca americana, porque eso fomentó los años de gangsterismo de Chicago. Este problema se resolverá mediante una inteligente educación, y no a fuerza de prohibiciones legales.

Piensen que si «de acuerdo con la Biblia antes del diluvio, el hombre comía sólo alimentos de origen vegetal», no hay ninguna razón para olvidar este consejo bíblico, y es verdad, para ellos, lo que indica el doctor Enrique W. Miller, que «el vegetariano se protege a sí mismo, por medio de su alimentación, de las enfermedades cardiovasculares, de la nefritis y diabetes, de la degeneración mental y de la debilidad cerebral». Y en una amplia estadística americana se llegó a concluir también que «la salud dental de los niños adventistas era resultado de la mínima cantidad de hidratos de carbono que tomaban».

El espectro moderno del colesterol queda eliminado con sus consejos de abstenerse de grasas y de tantas otras cosas que pueden ser sustituidas con ventaja —según ellos— por pescado y vegetales, y con un uso moderado de otros productos complementarios no grasos. El colesterol es un lípido —como

ellos recuerdan— que se utiliza para bien y para mal en el organismo, porque lo mismo produce varias hormonas, que se deposita debajo del endotelio arterial, de lo cual resulta un endurecimiento de las arterias por calcificación y por otros fenómenos que elevan la tensión arterial, y que pueden causar nefritis, hemiplejía y hasta la temida angina de pecho o el mortal infarto de miocardio, como enseña el doctor Pedro D. Tabuenca, director del Sanatorio Adventista del Plata, en Argentina.

### Psicoterapia adventista

Otro capítulo en que los adventistas insisten fuertemente es el de la higiene mental. Nos recuerdan que 250.000 norteamericanos sucumben anualmente a la locura, y que 30 millones de estadounidenses son neuróticos. El chileno doctor Ramón Gazaráin afirmó, en el I Congreso Latinoamericano de Psicoterapia, que «se encuentra estrictamente probado que el 46,6 por 100 de los jóvenes estudiantes de medicina —en Chile— tienen rasgos neuróticos manifiestos», y los adventistas lo recuerdan para inculcarlos sus métodos de higiene mental.

Participan de la opinión del doctor Mira y López, que atribuye fundamentalmente a las emociones mal dirigidas (a las que llama gigantes del alma) todos estos trastornos psicóticos y neuróticos, entre los que destacan la angustia, el miedo y la ira, tan difundidos en el mundo actual.

También opinan, igual que el famoso psiquiatra suizo doctor Pablo Tournier, que esta inflación neurótica de nuestro mundo se produce por la represión, no sólo ni principalmente de la libido, sino fundamentalmente por haber reprimido inconscientemente toda serie de tendencias espirituales que el hombre posee, y que no tienen cauce en la sociedad actual la mayor parte de las veces, al menos en el Occidente falsamente cristiano. Lo explica así: «Una persona es neurótica cuando ha reprimido algo sin haberlo eliminado». El hombre moderno considera que ha eliminado el mundo de los valores, el mundo de la

poesía, el mundo de la conciencia moral. Sin embargo, no ha hecho otra cosa que reprimirlo, y está sufriendo las consecuencias».

Quizá algún lector crea que los consejos psicoterapéuticos del adventismo van en la línea de una cierta pasividad o banachonería demasiado complaciente. Y es posible que algunos adventistas concretos den esa impresión. Pero en su revista *El Centinela*, en el número de noviembre de este año, dedicado a «Salud y Temperancia», nos sorprende un consejo dado por el doctor Arturo L. Bietz, ante la obsesión de tranquilidad que existe en Norteamérica, donde «se estima que los habitantes de los Estados Unidos consumen unas 336 toneladas de barbitúricos por año», y concluye que «el anhelo de tranquilidad constituye una verdadera enfermedad». Este especialista recuerda también que el doctor Hans Selye —quien mejor ha estudiado los problemas de la tensión en el hombre actual— dice «que el relajamiento excesivo destruye la salud física y mental, y declara que el descanso completo no es normal para el cuerpo, ni siquiera para los órganos individuales. La gente que triunfa es gente que se mantiene bajo cierta tensión». La conclusión suya es: Ni tensión angustiosa ni ausencia de tensión.

Y por eso deshace el espectro que existe de las enfermedades de corazón como si fuesen propias del hombre de responsabilidad, señalándonos que «los hombres que ocupan puestos de importancia tienen un grado comparativamente reducido de mortalidad. Las compañías de seguros en general —en U. S. A.— cobran primas más bajas a las personas que ocupan posiciones de responsabilidad, porque es más difícil que sufran de enfermedades del corazón y presión arterial elevada que la gente que se dedica a otra clase de actividades» (doctor A. L. Bietz: *Cómo aprovechar la tensión*).

Y de cuatro consejos fundamentales que podrían ayudar a hacer lo más sano posible al hombre actual:

1. «Procure crear nuevas ideas. Sueñe con nuevas formas de hacer las cosas». Aquí —en este consejo— vemos fomentado el anhelo

hacia una sana utopía, como está abriéndose camino en el mundo actual, puesto que nuestro realismo de corto alcance no da salidas a los problemas acuciantes que nos invaden, y se necesita el uso de la imaginación creadora para poder salir de la esclavitud de las computadoras, las estadísticas y la burocracia.

2. «Piense en forma positiva». Pero para ello es necesario que «descargue su preocupación, aunque tenga que hacerlo hablando solo en voz alta. Reprimir la preocupación puede causar úlceras y enfermedades psíquicas». Con este consejo queda anulado todo ese ascetismo estoico que dominó al cristianismo durante casi diecisiete siglos y en el que muchos católicos fuimos educados en nuestra juventud y niñez.

3. «Sea una persona sociable; usted fue creado con ese propósito. Se puede conseguir una buena cantidad de energía al asociarse con gente que piensa que la vida es una aventura». No hay en estas palabras ninguna influencia de ese individualismo agresivo y egocéntrico a ultranza que la lucha competitiva y el afán material de dinero han creado en nuestro mundo occidental.

4. «Trabaje: concéntrese en lo que está haciendo. Aprenda a interesarse en su trabajo, y haga lo mejor que puede. No hay nada que sea capaz de enmascarar el sentimiento enfermizo que resulta de la ejecución del trabajo de mala calidad o de hacer decisiones irresponsables». Quien está dividido por contradictorios anhelos en su acción, adopta una peligrosa actitud esquizoide que perjudica a su propia salud psíquica.

...

Apenas he querido opinar, cuando he expuesto las ideas y métodos de los adventistas. He preferido relatarlos incluso con una cierta ingenuidad, para transcribir lo más lealmente posible al lector su pensamiento, sus creencias y su actitud ante la vida.

Creo que esta descripción fenomenológica es preferible a cualquier juicio crítico de los que acostumbro a hacer en mi sección semanal. ■ E. M. M.